

FRIDA

(naturaleza viva)

por EDGAR SOBERON TORCHIA

*Frida (Naturaleza viva), México 1985. Dirección: Paul Leduc. Producción: Manuel Barbachano Ponce. Guion: Alejandro Luna, José Joaquín Blanco, P. Leduc. Cinematografía: Angel Goded. Edición: Rafael Castanedo. Dirección artística: Alejandro Luna. Vestuario: Luz María Rodríguez. Sonido: Ernesto Estrada, Penélope Simpson. Con

Ofelia Medina, Juan José Gurrola, Salvador Sánchez, Max Kerlow, Claudio Brook, Cecilia Toussaint, Valentina Leduc, Juan Angel Martínez, Gina Morett, François Lartique, Yuta Kerlow. Una producción Clasa Films Mundiales en colores. Duración: 107 minutos.

Leduc a la palestra

Para muchos críticos y espectadores, el mexicano Paul Leduc era un cineasta de una sola película: *Reed: México insurgente* (1970), la mejor hasta la fecha sobre la personalidad de John Reed. Sus otras obras sufrieron el desprecio común de su cualidad genérica: el documentalismo. Con todo, *Etnocidio* (1976) es un aporte inteligente a la estructura del género — sin contar su innegable valor etnográfico y social; e *Historias prohibidas de Pulgarcito* (1980), una válida contribución a la causa salvadoreña, más eficaz en su segundo montaje. La teleserie que dirigió en 1981, *La cabeza de la hidra*, según Carlos Fuentes, también padeció su bestimación: esta vez por el medio es-

cogido (la televisión) y el poco aprecio literario que tiene esa obra de Fuentes.

Ahora, con las premiaciones internacionales de su nuevo filme *Frida (Naturaleza viva)*, Leduc vuelve al primer plano de la crítica y gana el aplauso de los espectadores, a causa de una evidente maduración, quince años después de que, con un escaso presupuesto y una cámara de dieciséis milímetros, sorprendiera al mundo con su crónica del paso de John Reed por territorio mexicano durante su fallida revolución.

El formato no ha variado: otra vez en dieciséis milímetros ampliados a treinticinco (que, de cierta manera, equivaldría a la pequeñez física de las obras de Frida Kahlo — en el contexto

monumentalista del muralismo mexicano — amplificada por el aplauso crítico internacional), otra vez con excelente cinematografía por Goded, Leduc aborda una personalidad compleja y fascinante: André Bretón la catalogó de surrealista; Diego Rivera, su esposo, de "realista monumental"; pero ninguna de estas afirmaciones logran captar toda la gama de contradicciones y angustias que experimentó Frida Kahlo en vida.

Ciertamente la vida de la pintora da para varias horas de proyección. Hay incluso material para un melodrama decimonónico: su vida estuvo signada por la tragedia: poliomielitis siendo niña; un atroz accidente automovilístico a los 18 años que le destrozó la columna vertebral, la pelvis y un pie; casi treinta operaciones, el uso constante de un aparato ortopédico que la mantuviera erecta, intentos de suicidio, infidelidad de Rivera, drogadicción y la amputación de una pierna. Paul Leduc nos ahorra la mayoría de estos incidentes y los que muestra aparecen discretamente sin detalles gráficos (con excepción del

pavoroso accidente). Para el cineasta, más fascina e importa la mujer, la artista, la activista política, la esposa y la amante, que los pormenores trágicos.

Lo político de lo personal

"Lo personal es político" reza un eslogan feminista. La obra de Frida Kahlo hasta hace unos años, era subestimada, cuando no era ignorada. Hoy es considerada una de las principales figuras pictóricas no sólo del "Renacimiento mexicano", junto a Rivera y Siqueiros, sino de Iberoamérica. Llegar a esta conclusión tomó años de reevaluación: la principal barrera que encontró fue el argumento de que una mujer que había escogido el autorretrato como principal expresión no había trascendido su tragedia personal hacia otros niveles de la creación artística. La historia del arte, siempre redactada por hombres, no admitía preponderancia para una mujer, por una parte; y mucho menos a una mexicana (subdesarrollada, por ser explícitos), argumentos más poderosos que el rechazo a su iconografía. Si hoy día nadie duda del valor de la pictórica mexicana de principios de siglo, habrá que reflexionar sobre su condición de mujer.

Formada a la sombra de Diego Rivera, autodidacta, Frida Kahlo se inspiró en la revolución del arte popular mexicano, con su folclor y tradiciones, e indentificada con el movimiento revolucionario de 1910 que terminó con el régimen de Porfirio Díaz, se sumó a las causas por los desposeídos. Casada con Rivera, entró al parnaso de los pintores muy joven. Ataviada con ropas tehuanas, Frida cautivó continentes, a pesar de sus terribles dolencias.

El eslogan feminista permite ahondar en su obra: cuando lo personal se convierte en hecho social, los problemas dejan de ser problemas o "culpa de alguien", y se transforman en efectos políticos. La postración de Frida Kahlo, su rol doméstico, la utilización del cuerpo femenino en una versión renovada, adquieren otras luces bajo un enfoque materialista. De esa manera, cualquier argumento misógino cae ante la fuerza expresiva de sus imágenes, que reflejan su condición y hacen tangibles sus padecimientos físicos y su interioridad dolida.

La resolución de Leduc

Una vez que Leduc decidió mostrar lo político de lo personal en la vida de Frida Kahlo, tuvo que escoger un modo de expresarlo. En primer lugar, Leduc rechaza la narración lineal del cine convencional: Breton no andaba tan despistado respecto al arte de Frida. Leduc utiliza tres destacados elementos surrealistas: el sueño, la crueldad y la sexualidad, para abordar, a través de estas tres instancias, la vida de Frida Kahlo.

En su lecho de muerte, en su casa de Coyoacán, Frida evoca momentos de su vida. Pero en la película, como en el pensamiento, las imágenes no tienen precisamente un rígido orden cronológico. Sí poseen un orden interno, como lo demuestra la claridad del filme, que en ningún momento confunde, a pesar de su falta de rigurosa cronología y su ausencia casi total de diálogos.

Como un lienzo de Frida Kahlo, cada unidad de información es presentada como una viñeta individual, iluminada con mágico colorido, contrastado, y poblada por elementos grotes-

cos o crueles, y la figura omnipresente de la pintora (en interpretación verdaderamente alucinante de Ofelia Medina, al ser comparada con los autorretratos o fotos de la Kahlo). Igualmente Diego Rivera (Juan José Gurrola), Trotsky (Max Kerlow), don Guillermo Kahlo (Claudio Brook) o David Alfaro Siqueiros (Salvador Sánchez) tienen la fuerza evocadora suficiente para no parecer sujetos de cartón, en esta resolución estética de acciones y diálogos minimizados. Poco a poco la personalidad e historia de la pintora emergen, y el filme va ganando corporeidad y densidad. Paul Leduc demuestra cómo hay otras maneras de expresar ideas con imágenes móviles, lejos, a años luz, de los filmes por receta que anuncia nuestra cartelera diaria de cine.

Probablemente Frida tenga una difusión marginal, como sufrió por años el arte de Frida Kahlo. Pero aún en esas condiciones, surgirá el mismo discurso de imágenes sin los recursos fáciles del corte rápido, el lenguaje soez, la acción banal interminable y la baja moral. Prafraseando a Breton, Frida (Naturaleza viva) es una bomba con un lazo.



Frida Kahlo. El documental está basado en el libro de la autora.